

La ermita de la Virgen del Castillo de Belmez

* * *

Por Juan PEÑALTA CASTRO

En Belmez quedan dos ermitas: la de la patrona, Nuestra Señora de los Remedios, y la de la Santísima Virgen del Castillo.

Me referiré a la segunda de ellas, que es la más antigua, ubicada en la misma falda de la roca donde se encuentra construido el castillo, teniendo como cimientos la propia peña que domina el pueblo.

Al verificarse la reconquista, los vencedores instituían iglesias y las emplazaban dentro de las fortalezas o en sus cercanías. En Belmez no podían situarla dentro del recinto amurallado dado que no había lugar en él, no sólo por la falta de espacio, sino por lo abrupto del terreno y lo peligroso de la subida; de ahí que carezca de la natural protección de sus muros, aunque está perfectamente amparada desde la cima de la peña, por su proximidad a estas fortificaciones construídas alrededor del castillo.

Es indudable, por tanto, que esta ermita es el primer santuario fundado en el pueblo de Belmez por los cristianos, después de la Reconquista, y aún está su fábrica que pregona la antigüedad.

La ermita consta de una nave, cubierta de tejas del país, realizada con muros de mampostería, seguidos de algunas hiladas de ladrillo, y en otras zonas de tapial, con arcos del tipo común en la sierra cordobesa, ojivales, encalados, simplicísimos, apeados en un pilar de un metro treinta de altura, con una breve moldura. Los espacios entre sus cinco arcos están formados por dos laterales abovedados, estrechos, cuyos centros están equidistantes de la línea formada por la moldura de los pilares y la conjunción de la ojiva.

Primitivamente tenía su entrada principal a través de la calle Empinada y más tarde pasó a la de Santa María, para darle una mayor belleza al conjunto, en consonancia con el paisaje y su perspectiva. Esta puerta se encuentra situada en un lateral de la nave, con vestíbulo o martex que presenta un arco mixtilíneo trasdosado por molduras en arco apuntado, con puerta estilo mudéjar y contrapuerta y montante de hierro forjado, hastiales de piedra y dinteles en

hormigón imitando la referida piedra. El dintel es de época posterior; los techos debieron ser primitivamente de madera, con dos grandes faldones y actualmente tienen bóvedas de lunetas en fábrica de ladrillo hasta la clave de los arcos laterales, estimándose que esta reforma es obra de hacia el año 1500. Los contrafuertes exteriores se corresponden con los arcos, si bien los encontramos de dos clases: los de la pared Norte y muro exterior de la pared Sur tienen forma prismática en base rectangular, mientras que los que se encuentran en el interior de la sacristía y en la vivienda del santero presentan la forma de medio cilindro con anillo de fábrica curva de ladrillo a media altura, siendo éstos probablemente los originales.

Adosadas a la nave se encuentran la sacristía y la vivienda del santero o guarda y detrás un almacén de pasos procesionales.

En el retranqueo que presenta el conjunto con respecto a la calle Santa María, existe una zona ajardinada cercada a media altura, con balconcillos de hierro sobre su base.

Se observa en el conjunto de estas edificaciones que en el transcurso de los tiempos se llevaron a cabo diferentes obras más bien de sostenimiento, sin afectar mucho a sus valores históricos primitivos más evidentes, y en la actualidad, el arquitecto don Rafael Calderón López está confeccionando un estudio para la restauración de este monumento histórico-artístico, encomendado por la Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, en colaboración con la Diputación de Córdoba.

En esta ermita se venera la Virgen del Castillo y en ella hasta principios de siglo existió una imagen de la que se decía que era tan antigua como la propia ermita, la cual desapareció cuando era llevada en procesión, desmoronándose totalmente en medio de una calle, por encontrarse carcomida.

Estaba sentada con el niño sobre el brazo izquierdo y éste con ambas manos levantadas. La Virgen llevaba en la mano derecha, sobre las puntas de los dedos, una bola que representaba probablemente una manzana. Estaba vestida a la romana con un manto cubriéndole la cabeza y era desproporcionada como todas las de su tiempo. Comparándola con las que quedan de los siglos medios, como son las de las Batallas de Sevilla, la Blanca de Ruidera, en Ciudad Real, la Madona de Madrid y tantas otras, puede conjeturarse que era obra de finales del siglo XIII o a lo sumo de principios del XIV.

Dentro del presente siglo los devotos de Belmez, con mejor deseo que fortuna, gastaron 300 pesetas en restaurarla y ponerle una peana o trono de nubes y serafines, con lo que le hicieron perder gran parte de su carácter histórico-artístico, aunque el restaurador no se atrevió a variar la talla, dejándola en el color de la madera, como dicen que estaba antes de la desdichada reparación.

Desgraciadamente sólo conservamos estos antecedentes y algunas fotografías de aquella imagen. En su lugar tenemos otra que dista bastante de la primitiva. Se ha intentado conseguir una reproducción exacta de la desaparecida, sin que por diferentes motivos haya podido realizarse.

Tuvo una hermandad entre los siglos XV al XVIII con profunda devoción a esta Virgen, desapareciendo más tarde, posiblemente absorbida por otras

que se crearon. En 1975 un grupo de fieles contando con la incansable labor de las señoras y señoritas vecinas de aquellas calles, organizaron la actual hermandad, venciendo múltiples dificultades por el mal estado en que se encontraba la ermita, que llevaba mucho tiempo cerrada.

Esta Virgen y su ermita estuvieron siempre ligadas a cuantos sucesos acaecieron en el castillo, celebrándose las fiestas en su honor dentro del mes de agosto de cada año, así como un supuesto combate carnavalesco entre moros y cristianos que culminaba con la toma del castillo y el desfile de las «fuerzas» que intervenían, vestidas con la indumentaria de la época, más bien acercándose a sátira y grotesca que a reproducciones exactas. Después de la Guerra de la Independencia, tras la marcha de los franceses que ocupaban Belmez y su fortaleza, los vecinos empezaron a destrozar el castillo, como ocurrió en otras muchas partes, con objeto —decían— de inutilizar estos baluartes para que no pudieran ser aprovechados por otros enemigos de fuera, y desde entonces dejó de conmemorarse la toma del castillo y aquellos actos populares que servían para regocijo de jóvenes y mayores, quedando reducidos a los actos netamente religiosos.